Secuencia
E-ISSN 2395-8464

RESEÑA

L'adieu au journal. Essai d'histoire médiatique

Emiliano Gastón Sánchez
https://orcid.org/0000-0003-1518-5872
Laboratorio de Investigaciones en Ciencias Humanas (LICH) /
Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Coordinador del Programa de Historia de la Prensa (PROHIP)
emilianogastonsanchez@gmail.com

Guillaume Pinson, *L'adieu au journal. Essai d'histoire médiatique*, París, CNRS Éditions, 2026, [colección "Les décalé·e·s", dirigida por Marie-Eve Thérenty].

Hacia 1940, la ciudad de Buenos Aires ostentaba índices de circulación de periódicos realmente sorprendentes. Según la American Society of Newspapers Editors, circulaban por entonces 2.288.000 ejemplares en una ciudad de unos dos millones y medio de habitantes; es decir, casi un periódico por persona.[1] Ese enorme volumen de diarios y revistas llegaba a manos de las y los porteños gracias a una aceitada red de distribución y a la venta callejera. Sin embargo, quien hoy recorra las calles céntricas de la capital argentina podrá constatar que la inmensa mayoría de esos

[1] *Editor & Publisher. The Fourth Estate. 1942 International Yearbook Number*, vol. 75, núm. 4, 1942, pp. 204-217.

Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

kioscos cumple funciones nuevas. Se han ido transformando en cafés de especialidad y en puestos de venta de chucherías y recuerdos para turistas. No obstante, se trata de un fenómeno global que ocurre ante nuestros ojos: el fin de la edad de oro de la prensa en papel.

L'adieu au journal. Essai d'histoire médiatique, el último libro de Guillaume Pinson, parte de esa constatación: la rapidez con la que la prensa escrita ha desaparecido de nuestra vida cotidiana fue casi simultánea a las transformaciones provocadas por el auge de la cultura digital. En este ensayo, el autor propone una reflexión histórica sobre ese doble movimiento, en parte como una forma de decir adiós, "pues tengo la sensación de que aún no hemos organizado la ceremonia de despedida que este objeto merecía" (p. 13), afirma Pinson. Sin embargo, no se trata de una "perspectiva fúnebre" sino de celebrar el periódico y su extraordinaria inventiva a partir de la hipótesis de que las dos caras de ese proceso, el *borrado* y *la recomposición*, aunque parecen muy diferentes entre sí, revelan una complementariedad que merece la pena explorar (p. 11).

Guillaume Pinson es profesor de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Laval, en Quebec, y director de la plataforma *Médias 19*. Forma parte de una rica tradición de investigadores e investigadoras —como Dominique Kalifa, Alain Vaillant y Marie-Eve Thérenty, entre otros— que, en las últimas décadas, han renovado el estudio de la prensa

y la literatura en Francia. Esta nueva perspectiva historiográfica, conocida como la "historia cultural y literaria de la prensa", quedó plasmada en una obra colectiva de gran influencia dentro y fuera del Hexágono: *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle* (Paris, Nouveau Monde Éditions, 2011).

L'adieu au journal… es un libro que debe leerse en diálogo con estas perspectivas. De hecho, las elecciones temáticas que ordenan los diferentes capítulos constituyen una apertura a otros temas menos transitados en la historia de la prensa y de la cultura mediática del siglo XIX. Así, el capítulo uno, "Émotions. Le nouvel âge des affects", no se detiene en las repercusiones sociales y políticas del periódico, sino que se adentra —siguiendo una idea planteada por Alain Corbin sobre los "objetos generadores de emociones" y a partir de un diálogo más amplio con el llamado "giro afectivo"— en los efectos emocionales que provoca la prensa. Este es, sin duda, el capítulo más arriesgado y desafiante del libro, en el que Pinson analiza la "revolución emocional" que se desplegó en paralelo a la revolución cultural que implicó el desarrollo de la "civilización del periódico" en el siglo XIX. Esa historia de las emociones en un contexto mediático se basa en el estudio de diversos ecos y paralelismos entre la cultura mediática del siglo XIX y la cultura digital del siglo XXI, sin que ello implique establecer una equivalencia entre ambas. Desde los juegos entre palabra e imagen, como antecesores del emoji,

hasta los lectores que caminaban por la ciudad con el periódico abierto delante de los ojos, como ancestros de "la actual población de sonámbulos que rondan nuestras calles con el teléfono pegado a la cara" (p. 35).

Pinson sitúa al periódico como un disparador de emociones diversas, tanto públicas como privadas: el temor, la indignación, la sensación de disolución de la comunidad en los lectores aislados, pero también el "deseo de conexión", la necesidad de estar siempre informados y de saber lo que sucede a su alrededor (p. 41), la hiperconectividad y el dolor de la desconexión. El autor analiza también la dependencia del consumo mediático (p. 48), la necesidad de dar a conocer las propias opiniones a través de las cartas de lectores y los anuncios de agencias matrimoniales como una suerte de aplicación de citas del siglo XIX. Paradójicamente, el aburrimiento fue también un sentimiento muy extendido en la época, resultado de la coexistencia de una vida monótona y de la incansable búsqueda de emociones que generaban los periódicos (p. 54).

Por supuesto, existen diferencias entre ambos universos, como la disposición horizontal del periódico frente a la verticalidad de los teléfonos inteligentes en un "scrolling" perpetuo. No obstante, Pinson traza con sutileza esos paralelismos y, sin desconocer la ruptura que implicó la masificación del uso de Internet en la década de 1990 y la posterior llegada de las redes sociales, evita reducir el presente digital a una simple repetición del pasado mediático. De esta manera, logra darle a la historia

reciente de la cultura digital un marco contextual más amplio a partir de un cotejo con el momento de mayor esplendor de la prensa periódica entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. En muchos casos, la tecnología y el volumen del tráfico digital amplificaron fenómenos que existían mucho antes. El riesgo del anacronismo está ahí, y el propio Pinson parece asumirlo como una de las tensiones más productivas de su ensayo.

En el capítulo dos, "Sensibilités. Écouter le journal", Pinson toma distancia del estudio del público lector, de la lectura como operación central de descodificación y de la cultura visual para adentrarse en el periódico como un dispositivo auditivo, anterior a la invención de las tecnologías de reproducción del sonido, pero también a una cultura sonora y de escucha en línea hoy omnipresente. Desde esta perspectiva, el periódico emerge como el artefacto cultural que, al menos hasta 1920, tenía la capacidad de registrar y representar el universo sonoro de la existencia mediante la escritura y otros recursos gráficos. En otras palabras, los diarios "fueron auténticas máquinas de registrar ruidos, sonidos y palabras" (p. 79). De allí, la hipótesis principal de este capítulo: los periódicos también tuvieron la tarea de informar sobre la percepción sonora del mundo (p. 78), un aspecto que conocemos mucho menos que lo legible (el texto en sí mismo) y lo visible (ilustraciones, fotografías, etc.), que han sido objeto de múltiples estudios de historia literaria y cultural del siglo XIX.

Aun siendo consciente de sus posibles manipulaciones, Pinson demuestra que esa sonoridad textual tuvo múltiples registros: la elocuencia política plasmada en las gacetas parlamentarias y los editoriales; los debates y alegatos de los abogados que recogían las gacetas judiciales y las secciones policiales; las anécdotas y las pequeñas historias del bulevar que narraba la crónica social; las declaraciones de personalidades y famosos que se reproducían en las entrevistas; las voces de los niños, mujeres y sectores populares representadas en la prensa infantil, femenina y obrera. También estaban, como es obvio, los sonidos de la propia música que eran criticados y descritos en la prensa musical y en las crónicas de los conciertos. En resumen, más que reproducir literalmente un mundo sonoro, el periódico construía formas de hacerlo perceptible y reconocible mediante géneros, secciones, titulares, ilustraciones y recursos gráficos.

En el capítulo tres, "Espaces. Un empire de papier", Pinson cambia la escala de análisis y, frente a la vasta producción de estudios sobre el papel de la prensa en la conformación de los Estados nacionales, el desarrollo de la política y de la esfera pública, aborda su dispersión a escala global mediante el estudio de los periódicos en lengua extranjera, en especial de la prensa francófona. Aquel imperioso deseo de conexión se manifestó también en la capacidad de la cultura mediática del siglo XIX para hacer circular periódicos y revistas y garantizar que todos recibieran

su ejemplar en el momento previsto. Es evidente que ese "imperio de papel", como lo denomina Pinson, no puede considerarse un antecesor directo, aunque más lento y menos interactivo, de la era digital (p. 138). En ese cotejo, el sistema mediático del siglo XIX, visto desde el flujo digital, parece lento y acotado, aunque ya es posible verificar formas de circulación y difusión virales de ciertas noticias. Para el autor, la prensa en lengua francesa conformó una vasta red que se expandió a casi todos los continentes (con zonas de menor cobertura y sin una fluidez absoluta, es cierto) y que funcionó como un vector de Francia en la globalización del siglo XIX y hasta la Gran Guerra. El capítulo desplaza así la mirada desde las historias nacionales de la prensa hacia una historia de sus circulaciones, conexiones y redes transnacionales.

El último capítulo, "Temporalités. 'Á suivre'. Le journal et l'avenir" realiza un último movimiento: pensar al periódico como un artefacto cuya experiencia está orientada hacia el futuro. Aquí, nuevamente Pinson traza un paralelo entre la cultura mediática del siglo XIX y la cultura digital del siglo XXI: mientras que esta última nunca descansa, la primera imponía un ritmo de alternancia entre pausas y contenidos. Los contemporáneos de la era mediática sentían un deseo de conexión, basado en la idea de que el consumo mediático estaba marcado por interrupciones forzadas en la comunicación. Nosotros, por el contrario, vivimos en una época en la que ese deseo ha dado paso a la saturación de un presente que nunca

pasa (p. 159). Esto se traduce en una "supresión del futuro" en la que ninguna periodicidad interrumpe el flujo del desplazamiento en pantalla. En este sentido, el hecho de cerrar un periódico y tener que esperar hasta el día siguiente para continuar con la lectura del folletín ya no tiene equivalente. Por ello, para Pinson, el futuro, más que ese presente que se intentaba capturar y reproducir en un rectángulo de papel, fue "el tiempo fundamental de la cultura mediática" (p. 160). La periodicidad del periódico convertía la espera en una dimensión constitutiva de la experiencia mediática: cada edición cerraba un relato o una noticia, pero, al mismo tiempo, abría la expectativa de su continuación.

En la conclusión, Pinson retoma un interrogante que había planteado al comienzo del libro sobre la tensión entre el imaginario del periódico, cuyo legado aún se hace sentir, y nuestra concepción del periodismo, que atraviesa una crisis profunda. En palabras del autor: "el periodismo ha desaparecido casi por completo como horizonte de posibilidades, pero nos negamos a verlo (o somos incapaces de hacerlo) porque vivimos bajo el efecto de un retraso: nos obstinamos en seguir buscándolo una y otra vez en el viejo modelo del periódico. El periódico ya casi no existe, pero sus efectos y consecuencias siguen vigentes" (p. 204).

En suma, en *L'adieu au journal*, Pinson utiliza como pretexto el fin indiscutible del ciclo de la prensa en papel para trazar diversos contrapuntos con la cultura digital que hoy rige nuestras vidas, tal como

el diario lo hizo durante el siglo XIX, en la "civilización del periódico". Uno de los principales aportes del libro consiste en ampliar la historia de la prensa y de la información a dimensiones afectivas, sensoriales, espaciales y temporales, y en utilizar el diálogo entre los siglos XIX y XXI para historizar fenómenos que suelen considerarse propios de la cultura digital. Esa operación comparativa constituye asimismo una de las principales virtudes y desafíos del libro: para Pinson esas analogías resultan productivas en la medida en que permiten iluminar experiencias mediáticas de larga duración sin borrar las diferencias entre ambos regímenes de comunicación.

Escrito con la libertad de un ensayo antes que con la de un estudio académico plagado de citas y de una demostración rigurosa (p. 19), este libro muestra también el lugar alcanzado por Pinson en el campo de los estudios sobre la prensa y la cultura mediática, un investigador consagrado que se permite asumir el riesgo de cierto anacronismo (p. 21), establecer asociaciones poco convencionales e incluso cerrar sus preguntas sobre la desaparición del periódico con un gesto de apertura: *À suivre…* (Continuará).